

pasarán a engrosar las filas del paro. Por tanto, Estados Unidos tendrá que resolver una contradicción ya existente pero que se ahondará aún más, y que es la que se produce entre ahorrar mano de obra y crear puestos de trabajo, entre aumentar la productividad de los trabajadores y despedirlos. Lo que a Harris le resulta del todo improbable es que una política de soluciones para frenar la inflación galopante que se produciría, basada en la reducción de impuestos, la disminución de la burocracia, la supresión de los programas sociales y la eliminación de la regulación del sector privado, pudiera mantenerse durante mucho tiempo.

El interés de este trabajo de Marvin Harris resulta evidente sobre todo por la lucidez y la falta de prejuicios con que el autor —a pesar de que en ocasiones no consiga desprenderse de la mística chauvinista que envuelve a la idea del «sueño americano»— analiza aspectos diferenciados y esenciales de la sociedad americana. Esto no significa que algunos de sus análisis no sean susceptibles de diferencias o que haya aspectos que el autor eluda. En algunos momentos parece pecar de cierto reduccionismo metodológico al intentar hacer remitir todas las causas de los nuevos fenómenos sociales a un cambio profundo en el planteamiento económico americano, olvidando o negándose a dar importancia a otros aspectos que podrían aportar explicaciones interesantes. De cualquier manera, *La cultura norteamericana contemporánea* resulta una obra de gran ayuda para quien tenga interés en conocer las causas y el desarrollo de los cambios más destacables en la actual sociedad estadounidense.

PANGLOSSISMO TECNOLOGICO

Miguel Porta

Luis Racionero,
Del paro al ocio.
Anagrama. Barcelona. 1983.

Alvin Toffler,
Avances y Premisas.
Plaza y Janés. Barcelona. 1983.

Como, según parece, el futuro está ya a la vuelta de la esquina, varios son los autores que se ven en la obligación de reflexionar sobre lo que dicho futuro nos deparará. Pero no sólo eso, sino que, y apoyándose en las posibilidades ofrecidas por la tecnología, se lanzan al mercado propuestas alternativas que nos han de instalar, poco más o menos, en el mejor de los mundos posibles. Entre dichos autores los hay de éxito como Luis Racionero (a escala nacional) o Alvin Toffler (a escala internacional).

Luis Racionero es el autor de *Del paro al ocio* (XI Premio Anagrama de Ensayo), obra que aquí vamos a reseñar y que constituye el mayor éxito nacional por lo que al tema de un futuro alternativo se refiere. Racionero es, además, ingeniero, economista, urbanista, ensayista (*Ensayos sobre el apocalipsis*, 1972, y *Filosofías del underground*, 1976) y novelista (*Cercamon*, 1981).

Alvin Toffler, por su parte, es autor de auténticos *best sellers* internacionales como *El*

«shock» del futuro, *La tercera ola* y *Avances y premisas*, última de sus obras traducidas al castellano y a la que también vamos a referirnos. Por lo demás, Toffler, que al igual que Racionero es multidisciplinar (experto en psicología, economía, tecnología e historia), ha expuesto sus tesis ante varios presidentes (Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón) y jefes de Estado, es conferenciante de fama y precio internacionales, ha colaborado en innumerables publicaciones que van desde la prensa obrera hasta *Fortune*, y muchas cosas más que no es el caso señalar aquí para no extender en demasía la singular biografía de tan polifacético personaje.

Las dos obras aquí comentadas tienen una factura similar: diagnóstico de la crisis y propuesta de un nuevo modo de producir, organizarse y vivir. Por lo que hace a la crisis que atraviesa el sistema capitalista, ambos autores la diagnostican como estructural (y no como simple recesión). Pero mientras para Toffler estamos frente a la crisis del industrialismo que ha de superarse mediante una reestructuración técnico-económica basada en las nuevas tecnologías (electrónica, aeroespacial, informática, biológica, etcétera), para Racionero la crisis lleva al sistema a su destrucción por mor de tres contradicciones generadas por el propio sistema y objetivamente insuperables (la búsqueda del pleno empleo en una sociedad cibernética que hace tal empresa imposible; el mantenimiento de la libre iniciativa en una economía dominada por los monopolios y, en fin, la obstinación en propugnar un «excedente puritano de represión, laborismo y militarismo» sobre una juventud que vive inmersa en la

«abundancia y el hedonismo»). Frente a la crisis, Racionero aboga por una economía en «nueva clave» basada en el crecimiento cero (económico y demográfico) que ponga énfasis en la calidad (de lo producido y de la vida) y en la descentralización. Toffler, por su parte, y haciendo hincapié en la reconversión de lo existente, propone una «nueva economía» vertebrada por la desmasificación (de la producción y de la distribución), la coproducción (grupos de ayuda mutua en la producción, «hermandades electrónicas» y «prosumo» o producción para el propio uso del productor) y el regionalismo (localismo de mercado).

Esta «nueva economía» o economía pensada en «nueva clave», posibilitada por las nuevas tecnologías, se traduce en primer lugar en la consideración del empleo (y especialmente del pleno empleo) como un anacronismo. En efecto, si para Racionero estamos abocados a un «ocio forzoso impuesto por la naturaleza, más sabia que políticos y economistas, en busca de su propio equilibrio», para Toffler «a medida que concluya la era industrial el concepto de empleo se irá difuminando». ¿Qué ocurrirá en una sociedad en la que el empleo va convirtiéndose paulatinamente en una pieza de museo? Para el autor español, el empleo será sustituido por un «*otium cum dignitate*» que perseguirá extender «el ideal de vida de la élite humanista a toda la sociedad». Este ocio que, según Racionero, nos espera necesita de una «economía de paz», del «altruismo» de los países ricos y de unos nuevos «valores, ideales y arquetipos» que han de buscarse en lo que nuestro autor, con evidente laxitud geográfica, llama los «tres mediterráneos» (China,

que aportaría la ética ecológica; India, con su trabajo interior; y la Europa mediterránea, de la que habría que recuperar la racionalidad griega y la fraternidad cristiana). Este batiburrillo de Lao-tse, Buda, Platón y Jesucristo dará lugar a una «economía humanística, descentralizada, a escala humana, ecológica, dirigida hacia el ocio creativo para fomentar el desarrollo de las potencialidades intelectuales, afectivas y sensuales del hombre». El resultado sería una sociedad cuya alta calidad de vida podría medirse mediante el concepto de BNB (Bienestar Nacional Bruto), que nos daría cuenta del estado de una serie de indicadores sociales entre los que destacan el urbanismo, las condiciones de trabajo y de vida, la calidad y estética de los productos, la creatividad personal, la comunicación y contacto social, la seguridad, etc.

La alternativa, para el norteamericano, está en una «democracia previsor» que planifique democrática y descentralizadamente. Esta nueva democracia, unida a la nueva economía ya señalada más arriba, y posibilitada por lo que Toffler denomina «tercera ola» (la revolución de las nuevas tecnologías), se ha de traducir en una serie de maravillas entre las que hay que destacar: la abolición de la «alineación fabril»; la eliminación del trabajo «rutinario, taylorizado, peligroso y estúpido»; la aparición de «obreros de la mente» dotados de «independencia, estilo, opinión, organización, flexibilidad y educación» que trabajarán en un «entorno limpio y silencioso» y serán fuertemente «individuales»; existencia de unos «ingresos mínimos garantizados»; la «eutanasia» o reconversión de las empresas de la segunda ola

(las de la revolución industrial); la «reconversión de las personas» (una de las mayores industrias de la tercera ola) para lograr que sean funcionales con los nuevos tiempos; la producción fuera mercado; la aparición de la «infopolítica» (la política basada en la información) que permitirá, desde la propia vivienda y con la ayuda de ordenadores personales, «redistribuir la carga de la decisión»; la sustitución de la propiedad privada por la «infopropiedad» (o propiedad de la información) que constituirá la propiedad esencial del futuro y ni será privada ni escasa y a la que todos tendrán acceso; un futuro en «tecnicolor» (desaparición de la dominación por parte de determinados países, razas, sexos y clases sociales), etc.

¿Y cómo nuestros autores —se preguntará mucha gente— llegan a la conclusión de que es éste el futuro que nos espera? Poco o casi nada hay que decir al respecto, pues los dos autores se mueven entre el iluminismo ingenuo y el utopismo literario. En efecto, por un lado Racionero basa toda su especulación en unas contradicciones supuestamente insuperables, en el altruismo de los países ricos, en una más que hipotética revolución en los EE.UU. y en la contestación de raíz «pasota». Toffler, por su cuenta —que se autocalifica como ni científico ni pseudocientífico—, se basa en el «olfato», la «intuición», determinadas «lecturas» y ciertos «encuentros con la vida real» como viajes, entrevistas, impresiones, etc. Conviene señalar, por aquello de la «precisión», que tan maravilloso futuro es para Racionero inevitable, ya que, en un alarde de mecanicismo y animismo, es la «sabia naturaleza» la que «impone» sus necesidades. Toffler, más

cauto, no descarta que son posibles varios futuros y que todo depende de la «superlucha» que han de entablar los agentes sociales. Uno no sabe exactamente si nos encontramos frente a un nuevo retorno de los brujos, frente a un nuevo tipo de prestidigitador o encantador de serpientes, o ante un aceptable ejercicio de preceptiva literaria.

Varias son las lagunas y los lugares oscuros de los trabajos aquí reseñados. Por lo que se refiere al análisis de la crisis —el ineludible punto de partida— hay que decir que es insuficiente cuando no inexistente. Y es que no se puede solventar el problema enumerando algunas de las contradicciones del sistema y aduciendo, acriticamente como hace Racionero, que éstas son objetivamente insuperables. Toffler va a la zaga del español y prácticamente no dice tampoco nada sobre la crisis salvo que ésta ni es de superproducción ni de baja productividad, sino «estructural» (y eso es todo). Por lo que hace al trabajo y a los nuevos procesos o modos de producir que nos aguardan, tanto Racionero como Toffler se mueven entre el exotismo y el panglossismo tecnológicos. En efecto, las nuevas tecnologías, con la telemática a la cabeza, tienen propiedades poco menos que salvíficas y nos han de instalar en el mejor de los mundos posibles. Pero, ¿quién garantiza que las nuevas tecnologías combaten la alienación, la rutina, la monotonía, el trabajo fatigante, etc., a la par que fomentan la creatividad, el ocio, la participación, etc.? ¿Por qué estas nuevas tecnologías no pueden estar diseñadas para obtener precisamente unos efectos contrarios y perfectamente funcionales con el sistema? ¿Quién nos inmuniza contra

un tecnofascismo de faz humana —en el dudoso supuesto que pueda hablarse así—? Por lo demás, y en una sociedad informatizada, ¿quién controla la información y para qué fines? No vaya a suceder que se nos condene a la subalternidad y encima nos sintamos habitantes de un feliz y tecnológico Eldorado.

Si consideramos los trabajos aquí comentados como lo que son, esto es, como panfletos (en el mejor sentido del término) cargados de buenas intenciones y utopismo, hay que concluir que el balance no ha de ser exclusivamente negativo. Unas virtudes —por así decirlo— se deslizan a lo largo de los trabajos en cuestión: la negación del productivismo a ultranza y la reivindicación de un nuevo modo de vivir, producir y consumir en el que una serie de necesidades humanas (salud, educación, paz, calidad de vida, ocio, etc.) ocupan el lugar dominante. El problema, claro está, reside en saber distinguir la realidad de la literatura, la fantasía y la utopía. En cualquier caso, unas gotas de utopía nunca sienta mal, siempre y cuando se sepan administrar. Y es que después de la borrachera utópica suele venir la dura resaca de la realidad.

LAS ARQUITECTURAS DE LA MATERIA POETICA

Miguel Romero Esteo

Rafael Ballesteros.

Jacinto.

(I versión de la primera parte).

Ed. Godoy. 1983.

No soy propenso a ejercer la crítica literaria —más bien nada propenso— ni mucho menos a ejercer de crítico de poesía. Alguna vez, en años ya algo remotos, tuve que hacerlo en razón de oficio ganapán más o menos improvisado, y era un agobio. Entre otras cosas, porque la verdad es que todos los libros de poesía me parecían siempre más o menos un mismo libro repetido tranquilamente hasta la saciedad, y había que hacer juegos malabares de la mente para encontrarles algún asomo de diferenciación escrituraria. Con la obra *Jacinto*, de Rafael Ballesteros, que acabo de leérmela, sucede precisamente todo lo contrario. Abruma de diferenciación escrituraria, y de diferenciaciones cualesquiera, y parece rechazar la indiferencia y la indiferenciación. O dicho en otros términos, se trata de una escritura poética demasiado personal, y que va a ser un trago muy difícil de pasar en este país en el que las personalidades poéticas resultan ser en general más o menos impersonales, más o menos intercambiables a la menor oportunidad. Lo dicho, no me siento a escribir en plan de ejercer la crítica de poesía, para lo cual no me creo muy dotado. Por mi parte, se trata de no más que una modesta aproximación a esta peculiar obra poética de Rafael Ballesteros, que me parece una obra importante. Y que, publicada no hace mucho, parece dormir el sueño de los justos en los anaqueles librereros de las novedades poéticas o literarias. O, al menos, así a mí me lo parece aquí en esta ciudad tranquila y marinera.

Ignoro de qué pueda ir en otras ciudades y anaqueleras. Pero me sospecho que irá de lo mismo. Lo cual me parece lógico y normal. Desde sus